

Introducción

Transiciones lucrativas, colonialismo verde y caminos hacia una justicia ecosocial transformadora

Miriam Lang, Breno Bringel y Mary Ann Manahan

Los retos a los que se enfrentan las sociedades humanas se hacen más complejos a un ritmo vertiginoso. En los últimos años, las numerosas catástrofes relacionadas con el calentamiento global, la pandemia y la guerra de Ucrania han complicado aún más un panorama ya de por sí tensionado por potencias geopolíticas enfrentadas. La ciencia ha desarrollado enormes habilidades para detectar y medir estos retos, para modelizar y predecir el futuro, por ejemplo, con escenarios de calentamiento global y extinción de especies. Nunca se nos había proporcionado una información tan detallada. Sin embargo, a pesar de saber más que nunca, nos cuesta encontrar respuestas que estén a la altura de la situación. Según la ciencia, los plazos para hacer frente al colapso ecológico se acortan, pero las emisiones de gases de efecto invernadero siguen aumentando a pesar de décadas de esfuerzos multilaterales. Al igual que la contaminación y acidificación de los océanos, la pérdida de especies, de agua dulce y de fertilidad del suelo, todos los indicadores de destrucción medioambiental están empeorando, y parecemos condenados a expandir aún más nuestro metabolismo social en un planeta limitado.

Los instrumentos que las sociedades humanas han desarrollado para hacer frente a estos retos se han convertido, a su vez, en parte de lo que ha sido caracterizado como una policrisis, es decir, una serie de crisis interconectadas que se refuerzan entre sí. Las instituciones de la democracia liberal se enfrentan a una creciente pérdida de credibilidad, a la vez que son desmanteladas desde dentro por fuerzas autoritarias en muchas partes del mundo. En términos de distribución de la riqueza, nuestro mundo nunca ha sido tan desigual como hoy y, a pesar de algunas iniciativas relevantes para tasar a los super ricos, no encontramos medios para poner límites a las fortunas astronómicas y a la influencia de un puñado de personas y de empresas transnacionales.

Todo ello tiene graves efectos sobre las decisiones que tomamos respecto a nuestras relaciones con la Naturaleza y sus resultados. Las políticas medioambientales actuales se caracterizan por dos lógicas fundamentales. En primer lugar, no se centran principalmente en preservar ecosistemas complejos, sino en acumular capital. En segundo lugar, tienen un alcance colonial, es decir, asumen que ciertas regiones del mundo, ciertos cuerpos y poblaciones deben estar al servicio de otros en cuanto a condiciones ambientales que permitan una vida digna. A continuación, profundizaremos en estos dos argumentos que constituyen el núcleo de este libro.

Consenso de la descarbonización y rentabilidad en el centro de la política medioambiental

La gobernanza medioambiental y climática no ha sido una excepción a la imposición de la razón neoliberal en todas las dimensiones de la vida después de los años ochenta. Como han señalado Christian Laval y Pierre Dardot, la razón neoliberal no se contenta con eliminar cualquier límite a las empresas en nombre de la libertad, sino que pretende extender la propia lógica empresarial mucho más allá de la esfera del mercado, a todos los ámbitos de la sociedad e incluso

a las subjetividades, poniendo al estado a trabajar para convertirse en la principal palanca de esta extensión (Laval y Dardot, 2017). La razón neoliberal pretendía remodelar los límites de qué tipo de propuestas políticas eran aceptables, o incluso pensables, y lo hizo con bastante éxito al convertirse en hegemónica.

Así es como la rentabilidad llegó a estar en el centro de la política medioambiental. Hace ya más de cinco décadas, movimientos ecologistas y diversos esfuerzos académicos, tales como *Los límites del crecimiento* (Meadows et al., 1972), nacieron de la preocupación por las evidentes consecuencias del fordismo para el medioambiente y la salud humana. Propusieron un sistema relativamente eficaz de normas y umbrales, demandas y sanciones contra los contaminadores, al menos en el Norte global. No obstante, este fue sustituido por un sistema de mecanismos de mercado que los actores adoptarían “voluntariamente”, simplemente porque eran rentables (Klein, 2014). Desde el Protocolo de Kioto en 1997, han prevalecido las compensaciones de carbono, los mecanismos de desarrollo limpio, entre otros incentivos de mercado que a menudo han cambiado de nombre, pero no de lógica.

La protección de nuestro hábitat se ha convertido en objeto de pactos especulativos que acaban financiarizando la Naturaleza. A menudo solo simulan una reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero haciendo suposiciones sobre quién habría talado un bosque, por ejemplo, si no se hubiera incluido en un pacto de compensación de carbono. Al mismo tiempo, el lenguaje del cambio climático se ha complejizado tanto que ha excluido eficazmente a muchos actores de base y ha convertido la contaminación en una cuestión de expertos. El discurso climático hegemónico actual escenifica una gigantesca simulación en la que los “sumideros” de un lado del planeta absorben supuestamente determinadas toneladas de CO₂ emitidas en el otro lado, como si esos “sumideros” no hubieran absorbido siempre carbono de todos modos, y como si esas toneladas de CO₂ emitidas no se sumaran a la contaminación en términos absolutos.

En medio a estas tendencias, ha surgido en los últimos años un nuevo acuerdo mundial comprometido con la transformación del sistema energético, pasando de uno basado en combustibles fósiles a otro con emisiones de carbono reducidas, asentado en energías “renovables”. Su *leitmotiv* es luchar contra el calentamiento global y la crisis climática promoviendo una transición energética impulsada por la electrificación del consumo y la digitalización. Sin embargo, en lugar de proteger el planeta, contribuye a su destrucción, profundiza las desigualdades existentes, exacerba la explotación de los recursos naturales y perpetúa el modelo de mercantilización de la Naturaleza. Ese proceso es definido por Breno Bringel y Maristella Svampa como el “Consenso de la Descarbonización” (Bringel y Svampa, 2023).

Por un lado, se sugiere que todo podría seguir como antes si tan solo sustituyéramos los combustibles fósiles por otros que se dicen renovables, pero que no necesariamente lo son. Por otro, se insiste, una vez más, en la centralidad del crecimiento económico (revestido ahora con otra camada de “verde”) para la organización de nuestras economías y sociedades. Además, el Consenso de la Descarbonización limita el horizonte de la lucha contra el cambio climático a lo que la investigadora brasileña Camila Moreno define como la “métrica del carbono”: una forma limitada de cuantificar el carbono, basada únicamente en las moléculas de CO₂, que proporciona una especie de moneda de cambio internacional y crea la ilusión de que se está haciendo algo respecto a la degradación medioambiental (Moreno et al., 2016). Estas métricas reducen el deterioro y el creciente colapso de la sumamente compleja red de la vida en la Tierra a una sola cifra, fácilmente compatible con la ratio capitalista de contabilidad: toneladas de CO₂, como si esta cifra pudiera proporcionar información fiable sobre los múltiples daños causados a nuestro hábitat por el modo de vida hegemónico y sus líneas de interconexión. Esto oculta los problemas subyacentes y aboga explícitamente por los “negocios verdes”, las “soluciones basadas en la naturaleza”, la “minería climáticamente inteligente”, los “mercados de carbono” y diversas formas

de inversión especulativa. Aunque en principio se reconoce la gravedad de la emergencia climática, se están construyendo políticas que no solo son inadecuadas, sino que además tienen consecuencias muy graves.

En los últimos años, todas las grandes potencias mundiales (Unión Europea, Estados Unidos y China) se han comprometido a reducir las emisiones de carbono y a reorientar sus economías hacia modos de producción bajos en carbono y descarbonizados, apuntando simultáneamente a nuevas oportunidades de crecimiento económico “verde”. Más recientemente, en general bajo esta misma lógica, otros países también empiezan a anunciar sus propios planes de “transición ecológica”. Pero este Consenso de la Descarbonización está marcado por el colonialismo verde. Moviliza prácticas e imaginarios ecológicos neocoloniales. Bajo un nuevo giro en la retórica de la “sustentabilidad”, se está abriendo una nueva fase de desposesión medioambiental del Sur global, que afecta a las vidas de millones de seres humanos y no humanos, comprometiendo aún más la biodiversidad y destruyendo ecosistemas estratégicos.

Mientras tanto, la guerra en Ucrania ha reavivado las tensiones geopolíticas y ha reforzado la dependencia internacional de los combustibles fósiles, al dar prioridad a las preocupaciones a corto plazo por la seguridad energética. Las empresas transnacionales del petróleo y el gas planean simultáneamente ampliar sus operaciones con combustibles fósiles al tiempo que exploran nuevas tecnologías lucrativas, por ejemplo, en torno al hidrógeno. “Capitalismo verde” o “extractivismo verde” es el nombre que los activistas y gran parte de la literatura académica dan ahora a la dinámica de “acumulación por desfosilización” (Slipak y Argento, 2022).

La investigación y la innovación tecnológicas prosperan, pero también están profundamente inscritas en los paradigmas de rentabilidad, progreso infinito y crecimiento económico, en lugar de orientarse por la necesidad fundamental de sostener y reproducir la vida. Así pues, se dirigen principalmente a una destrucción aún más profunda de nuestro hábitat y tejido social, abriendo caminos a